

RADICALMENTE

*“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno
conduce a mucho más allá de lo que se piensa:
no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.*

S.S. San Pío X



Hace falta una cruzada de verticalidades

19 DE MARZO DEL 2018 III.43

TRADICIÓN, EL TERCER Y ÚLTIMO BALUARTE.

(DE LAS CAUSAS DE LA ACTUAL CRISIS)

*“A los pueblos que se olvidan de su pasado les ocurre algo así
como a la persona que pierde la memoria: pronto abandonan su identidad”.*

Henri-Irénée Marrou.

**Es en Dios, es en el hombre, en la familia, en la cultura, donde hincan
su podrido colmillo. Destruirlos su propósito fementido, cobarde. Y**

tronchan y arrancan, son sus enemigos. Tres baluartes: La verdad, el absoluto, la tradición.

Se ha desbordado el tiempo envolviendo los siglos, desde Sócrates y el Cristo. El hombre se encarama nuevamente en el hombre, esclavizante de sí mismo. Con férreo puño, se encierra y cierra, siete cerrojos, más acá de toda trascendencia, más acá de toda absolutez. Muros internos, negros, humedad que ciñe escalofríos. No hay responsabilidad, porque está preso; ni libertad porque --no importa si dentro de sí mismo--, se ha enjaulado. Esta vez la torre de Babel no busca cielos, se hunde en el fondo del abismo. Dios enterrado, el hombre es dios; un diosecillo minúsculo, arrugado; dios de sí mismo y de más nada, ¡qué pobre dios!, qué soledad de límites estrechos.

El hombre no tiene referencias, no tiene ancestros, no lo han creado ni forjado ni empinado. Se yergue, solo, a cuarto palmos de su suelo. Sin un ayer, se arranca los mañanas: no sabe de esperanzas. Se vuelve hacia sí mismo, y palpa un hueco: sin Sócrates ni Cristo, sin la verdad de la razón del griego; sin el augusto, pleno torrente de la revelación, está perdido. Le queda la amargura del pasatiempo, el martirio de la disolución, el *entre-tenerse*, ése tenerse entre vacíos en el que reina el absoluto de la ausencia, del *poseerse* a sí mismo icortos anhelos!, y nada más, más *nada*.

Eres lo que fuiste, serás lo que tú eres en lo que fuiste. Somos lo que ellos fueron: nos construyeron, nos esculpieron, nos abrieron la trocha que se dilata, prodigio de senderos. No es tan al acaso que te rajen ayeres, esa es la abyecta finalidad. Derrumban las estatuas, derrumbártelas, todas; quieren, a hachazos de villanía, amputarte tu anteriormente. Hijo bastardo. ¡No! ¡Rebélate, tontuelo!: hijo del misterio sublime de tu historia: *¡A hombros de gigantes!* gritaba Newton.

Tradición es lo que ha sido antes de hacerse letra o hacerse estatua, hacerse ahora; *lo fue*, ayer, antes de cristalizarse en hoy, la más sublime de las potencias forjada en acto: ¡tú! No hay mariposa sin crisálida. Todo ha sido poesía, antes de concreciones tan vulgares de pluma y tinta. "*Pues, señor, érase una vez...*" y se atrapan ensueños, y se hacen realidades...: madre e hijo no tienen lenguaje más preciso, de más meridiana exactitud, más real y vívido que el de la fe, rezada, ante la que se abren, en ruboroso asombro, los ojos de

los niños. Leyendas, epopeyas, vida que se hace facta y nos baña y nos sumerge... "Pues, señor, era una vez...", y toda la científicidad se concretiza en ese hermoso himno de mis, de tus ancestros, que es carne, que es espíritu y es vida.

*E hizo Dios las dos luminarias grandes; la luminaria mayor para que señorease en el día, y la luminaria pequeña para que señorease en la noche, y las estrellas... Y vio Dios que era bueno... Y no lo describió notario alguno... porque no existía la escritura, ni había escribanos: lo plasmaron los cielos, lo plasmaron los ángeles, lo plasmaron los mares; y Adán se lo contó a sus hijos, porque se lo había contado el Señor que paseaba entre árboles que dan la fruta, y animales erguidos y otros que eran rastreros. Entre lumbres cargadas de suspiros, Abel y Set, y aun Caín, se lo dijeron a los hijos de los hijos de sus hijos. Y vio Dios que eran buenas las luminarias en lo alto del cielo, y bueno que no existieran entonces lápices, ni pergaminos, ni hombre que dibujase ni escribiera. Se necesitarían siglos de tradición para que pudiera cantar aquel salmista: *Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú has establecido... ¡Tuvo que verlas... sin tocarlas!; pero flotaban mucho antes; y el cómo, y el cuándo se lo habían contado sus abuelos.**

Sin memoria, sin alas, el águila es sólo un ave de corral que no sabe de montañas ni vuelos, ni nidos que arrebuja aguiluchos... Y tú un muñeco de trapos sin la memoria histórica que guardó aquel antecesor de luengas barbas; sin las gargantas que han preñado de cuentos e historietas cada rincón de cada pueblo; eres muñón, sin apoyo a tus vacíos sueños, sin después, y sin antaño..., sin asidero ni raíz, sin ascendentes, sin el hermoso papiro voceado que te cuenta quién eres.



Sin tiempo de pasados serías ese difunto que caza aves, pues ignorarías, en ti, que si ya no existe lo que no existe es porque te lo han borrado, porque a los muertos que cazan aves, sólo les corresponde enterrar los otros muertos.

Conocimiento, memoria, voluntad, los tres o no tienes ninguno. Te los quieren robar uno tras uno. Memoria larga o serías un niño que olvida pronto, que no tiene dónde apoyar recuerdos. Serías el simio que te dicen que eres –como no te acuerdas...---, un pedazo de roca, un vegetal; un valioso instrumento del perverso usurero que colecciona zombis usa tarados, maneja espantapájaros, se divierte con pintarrajados payasos sin cerebro.

Tradicción no es ciencia, no necesita ser probada, es algo mucho más fino, mucho más delicado; como un encaje repleto de huecos, como un acariciante terciopelo que viste versos. Es para ser creída, y acariciada, y reverenciada. Ante ella no se establecen batallas, se hinca la rodilla. Es de aires y espejos, un poco de fantasmas que cobran cuerpo. Susurra de hogar y de historietas, todas ya idas, ninguna muerta, que brotan en la noche y se prenden en el rocío de tu alma. Te hace espiritual, te hace ángel, te hace viril, te hace compasivo y recio, te hace hombre hecho y derecho

La tradición recoge al Cristo resucitado que acude, ante todo, a colocar un beso en la angustiada frente de Su madre, preteridos Magdalena y los presbíteros primeros; la sopa que la Virgen ofrece a Simón para que vuelva; el Quo vadis, dómine, cuando Pedro se retira volviéndole a Roma sus espaldas... Si no crees en Dios ni es su Cristo, ni rezas a la Madre, ¿cómo vas a creer en tradiciones pueriles, ridículas, sin electrones y sin masa? Te lo han afirmado, ellos, los que tradicionalmente mienten, asesinan, infaman. Te muestran lo palpable, para que de rodillas lo veneres; no las absurdas historietas de viejas, habladurías que no producen centavillos que, a montones, se convierten en venerados pesos.

Tradición es brillo en los ojos del anciano cuando hincha de confianzas al chiquillo, para que las repita a su vez mañana; es voz, es brisa, es el cuchicheo de los sabios; es creer que el viento viene de algún sitio y se dirige a donde lo aguardan los que todavía cultivan ansias. Es escuchar al hermano lobo y al hermano Francisco en diálogo sonoro, y sonreír con ambos. Es lo que el metafísico francés René Guénon alude como contenidos y prácticas transmitidos durante siglos, y que mantienen una vía de acceso a la verdad absoluta del hombre y la relación de éste con Dios y la creación. Es la maravilla que el humano encuentra en su camino, y decantada, la pasa amorosa, con fervor delicado, oculta a los no iniciados, apasionadamente, de siglo en siglo. *Tradición y revolución. He ahí dos palabras idénticas*, exclamará el poeta Vicente Aleixandre al recibir el premio Nobel.

¿Verdad que es hermoso el orar todas las noches, imitar a los peregrinos comiendo pavo en el día de Acción de gracias, ¡y darlas!; ir en procesión en Corpus Christi, o poner una flor en cada tumba el día de los muertos? Es que tradición proviene del sustantivo latino *traditio*; y éste, de *tradere*, es "entregar". Es lo valioso, la preciosura, que con desvelo, en temblores sagrados, legado aprendido y donado, cultura existencial, que en boca de ancianos, trovadores, testigos, generación tras generación la humanidad te entrega. ¡Sí!: nada hay más tradicional que la revolución, ni nada más revolucionario que la tradición.

De tradición es el honor, el duelo, la caballerosidad, la lealtad, el modo de empuñar el rejón, el respeto, la mesa, la lidia, la hidalguía, pañuelos, mantillas y rebozos, el modo de tratar a los mayores, la tertulia entre amigos, la charla de sobremesa, el lar donde llamea el fuego, los usos, el requiebro; la deferencia al maestro, al anciano, al culto, al justo y al bueno; guerras y cárcel, los mitos y leyendas

cargados de verdades, el prodigar los chocolates y las flores, el apellido, el escanciar los vinos, el matrimonio, el domar a la bestia, la universidad, el libro posterior a la danza, el templo, el brujo, la caza, la pesca, rescatados al tiempo...

No es saber que existe; es asir la tradición, *conocerla, amarla y servirla*, ipaladearla! Es el legado imperecedero que la humanidad te ha regalado sin requerirte sino que te desposes con ella. Es tu amante eterna.

“Haced esto *en memoria* mía...” Hacedlo como yo lo hago... Contádselo a los que vengan luego... que lo hagan como yo lo hice que no es el discípulo mayor que su maestro. Y fueron los discípulos por campos, por los trillos ceñidos, por las extensas avenidas, el mismo pan, el mismo cáliz, con idéntico rezo.

“Habrá, en efecto, una gran calamidad sobre la tierra, y cólera contra este pueblo; y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones”

¿Habremos olvidado los días de la ira? ¿Nos habrán arrancado la reminiscencia?

Jorge J. Arrastia.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.
Jorge.